En la mañana del 29 de enero, tenía lugar en el Aula Magna de la Universidad de Navarra un gozoso acontecimiento: la colación del Doctorado *honoris causa* a siete personalidades del mundo de la Música, de las Letras y de las Ciencias. El Aula Magna presentaba un aspecto deslumbrante; el colorido de los trajes académicos, la presencia de autoridades e invitados proporcionaba un ambiente de gala que se correspondía con la solemnidad del acto académico en cuyo transcurso, y con el protocolo que es tradicional en estas ceremonias, el Gran Canciller de la Universidad iba a conferir el Doctorado *honoris causa* a Jorge Carreras Llansana y Francesco Cossiga por la Facultad de Derecho; Robert Spaemann y Rafael Frühbeck de Burgos, por la Facultad de Filosofía y Letras; Manuel Elices Calafat, por la Escuela de Ingenieros Industriales; y Leo Scheffczyk y Tadeusz Styczen, por la Facultad de Teología.

El Claustro de la Facultad de Teología, que ya en 1989 había recibido entre sus miembros como Doctor *honoris causa* al Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Roger Etchegaray, se ve ahora enriquecido con la presencia de dos prestigiosos Profesores pertenecientes al área germánica y a la eslava. Ambos han venido colaborando con las tareas docentes e investigadoras de la Facultad desde hace años —en el caso del Prof. Scheffczyk más de una década— y cuentan con una amistad cálida y profunda entre los claustrales.

A las once de la mañana, el cortejo académico, formado por más de trescientos profesores del Claustro Universitario, se dirigió

al Aula Magna mientras el Aula de Música interpretaba la antífona *Oh sing unto the Lord* de Henry Purcell. Cerraba la comitiva la Junta de Gobierno de la Universidad, con el Gran Canciller, Mons. Alvaro del Portillo y diversas autoridades navarras. Dentro de la brevedad de palabras que es de rigor en este tipo de solemnidades académicas, tanto los discursos de los nuevos Doctores como la *laudatio* de los Padrinos y el discurso del Gran Canciller esbozaron las líneas maestras de un sugerente panorama en el que insertar el quehacer universitario y el trabajo del teólogo en este final del siglo XX.

La *laudatio* del Prof. Leo Scheffczyk corrió a cargo del Prof. Pedro Rodríguez, Decano de la Facultad de Teología. La personalidad del Prof. Scheffczyk y sus prestigiosas publicaciones hacían muy oportuna la mención a las mutuas relaciones existentes entre Teología e Historia. Para destacar esta mutua implicación, utilizó el Prof. Rodríguez una fórmula verdaderamente feliz: «proyectar la Teología sobre la Historia y la Historia sobre la Teología». Pero mucho más allá de la acumulación de datos, y del simple raciocinar —hacía notar el Prof. Rodríguez yendo al fondo del quehacer teológico—, está el hábito del teólogo que es, antes que nada, junto con el rigor en el trabajo, el talante con que se considera la totalidad del objeto de la Teología.

La personalidad del segundo de los teólogos que recibía el doctorado, el Prof. Styczen, favorecía el detenerse en otra de las características perennes del trabajo teológico: su dimensión humana, su creatividad humanista. En efecto, toda la labor filosófico-teológica del Prof. Styczen está fuertemente marcada por una honda preocupación humanista. Como decía el Prof. Illanes en su *laudatio*, es el hombre concreto de nuestros días con sus afanes y sus problemas, con sus interrogantes y también, en ocasiones, con su miedo a enfrentarse con las cuestiones últimas lo que ha sido el telón de fondo constante de su reflexión.

En este marco teológico de honda raigambre humanista, las palabras conclusivas del Gran Canciller volvieron a incidir con especial lucidez y energía en esos rasgos del espíritu universitario que hacen que una Universidad sea mucho más que el mero conglomerado de Facultades y Escuelas.

El Prelado del Opus Dei, tras poner de relieve que la diversidad de intereses científicos que se reflejaba en los nuevos doctores no son más que aspectos múltiples de una misma verdad y, tras destacar como característica común a los nuevos doctores «su espíritu creativo, basado en la optimista convicción cristiana de que es posible desvelar la verdad cuando a ésta no se antepone el propio egoísmo, cuando se colabora con los demás para que la realidad permita descifrar sus enigmas», concluía con estas cálidas palabras dirigidas a la Corporación Universitaria: «Por eso, un acto académico como el que hoy nos reúne, además de motivo de acción de gracias a Dios, es también un acicate para proseguir, con ilusión y vigor, la misión universitaria que la sociedad contemporánea espera de vosotros. De esta forma, el amor a la libertad, el respeto a la dignidad de cada persona y el afán de cooperación creativa, que impregna desde sus inicios toda la vida de la Universidad de Navarra, configurarán con la ayuda de Santa María, Madre del Amor Hermoso, y con la intercesión de nuestro Fundador, un servicio renovado a la Iglesia y a la humanidad entera».

Eran las palabras finales del solemne acto académico y, al mismo tiempo, palabras de aliento y una exhortación que debe considerarse como un testamento. Quizás ninguno de los presentes en el acto académico sospechaba que estas palabras iban a ser las últimas pronunciadas por Mons. Alvaro del Portillo en la Universidad de Navarra como Gran Canciller. Su vida se consumaba santamente en Roma en la madrugada del día 23 de marzo, a su vuelta de una gozosa y devota peregrinación a Tierra Santa. Quince horas antes había celebrado la Santa Misa en Jerusalén, en el Cenáculo.

La noticia del descanso en la paz del Señor de nuestro querido Gran Canciller nos llegó cuando este número de *Scripta Theologica* se encontraba ya en la recta final de su composición. A la luz de este acontecimiento, todo el Acto Académico y las palabras de Mons. del Portillo adquieren un relieve muy particular. *Scripta Theologica*, que en el próximo número publicará un artículo *in memoriam* de su egregia personalidad, se complace ahora en ofrecer el texto íntegro de los Discursos leídos en el Acto Académico. Al mismo tiempo y aun con el convencimiento de que Mons. Alvaro del Portillo goza ya de la visión clara de Dios, ruega a sus suscriptores

y colaboradores el ofrecimiento de sufragios por el eterno descanso de quien fuera durante diecinueve años Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

I

PALABRAS PRONUNCIADAS
POR EL PROF. PEDRO RODRÍGUEZ,
EN ELOGIO DEL PROF. LEO SCHEFFCZYK

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller:

El Claustro de esta Universidad sabe muy bien que el Prof. Leo Scheffczyk es hoy una de las personalidades más eminentes de la Teología que se elabora en los países de lengua alemana. Por eso, mis palabras más que de presentación de este ilustre colega serán un testimonio de lo que es una vida consagrada a la investigación y a la enseñanza de la Teología.

Nació Leo Scheffczyk en Beuthen, Silesia, el año 1920. Comenzó los estudios de Filosofía y Teología en la Universidad de Breslau y, después de la Guerra mundial, los continuó en la *Hochschule* de Freising, recibiendo en 1947 la Ordenación sacerdotal. La Universidad de Múnich le confirió el año 1950 el título de doctor en Teología con una tesis sobre el concepto de historia de la Iglesia en la Romántica alemana. En la misma Universidad, siete años más tarde y bajo la dirección del Michael Schmaus, una investigación sobre la Mariología en la época carolingia le proporcionaba la habilitación para el más alto nivel de la enseñanza universitaria. Sólo dos años después la Universidad de Tubinga le llamó como profesor de Dogmática de su Facultad de Teología Católica. En 1965, al concluir el Concilio Vaticano II, la misma Universidad que le doctoró y le habilitó elegía a nuestro doctorando para suceder al Prof. Schmaus en la cátedra de Teología Dogmática, de la que sería ya titular hasta su jubilación en 1985. Son sobre todo estos años de profesorado en